



Madrid 31 de Marzo de 1862.

SUMARIO. ARTICULOS.—Los cuatro elementos: El Fuego, por don Juan Cuesta.—Madrid en 1862, por Sara.—Quien escucha, su mal oye, por doña Angela Grassi.—Marta la orgullosa, por don Ignacio Virto.—Labores, por doña Joaquina G. Balmase da.

GRABADOS. Un Volcan.—Observatorio astronómico.—Espionaje.

LICEO DE LOS NIÑOS.

X.

LOS CUATRO ELEMENTOS.

El Fuego.

No es el fuego como pudo creerse por mucho tiempo un cuerpo de la naturaleza, que como la tierra, el agua ó el aire, pueden estudiarse aislados y prestarse á un exámen independiente. El fuego, propiamente dicho, es un simple fenómeno, que se verifica por la union del oxígeno del aire con ciertos cuer-

2.^a SÉRIE.—Tomo 1.

pos de la naturaleza susceptibles de esta combinacion estraña, que al realizarse desenvuelve y despide luz y calor.

Este fenómeno ha recibido el nombre de combustion, llamándose por esto combustibles todas las sustancias ó cuerpos susceptibles de quemarse, y principio comburente al oxígeno, que es el agente indispensable para que aquella pueda verificarse.

Por eso vemos que el fuego se estingue siempre que se le incomunica con el aire, así como cuando falta materia que pueda seguir alimentando la combustion.

El calor y la luz, que se desprende siempre del fuego, son cuerpos diferentes, que pueden existir aislados el uno del otro, y que exis-

NÚM. 12.

ten en efecto en estado latente en todos los cuerpos de la naturaleza, mientras un agente extraño no los hace sensibles.

Si ponemos la mano sobre una barra de hierro, experimentamos comunmente una sensación de frío que dura mientras su temperatura no se nivela con la nuestra; pero si tomamos dos varillas del mismo metal y las frotamos con fuerza una contra otra, vemos que poco á poco se van calentando hasta el punto de hacer insufrible su contacto. Este calor existía sin duda alguna en aquellos cuerpos, pero existía de una manera latente, y ha necesitado el roce continuo y acelerado de las dos barras para desenvolverse y hacerse perceptible á nuestra sensibilidad. Otra de las fuentes de este fluido es la respiración de los animales, fenómeno en virtud del cual se mantienen á una temperatura uniforme en medio de los fríos del invierno ó de los rigores del estío.

Dejando para otro día la explicación detenida de estas funciones, solo hacemos hoy mención de ellas para demostrar que fuego y calor no son sinónimos, y ahora vamos á limitar nuestra tarea al estudio del primero, no teniendo en cuenta para nada los conocimientos que la física moderna ha adquirido respecto del último.

Es de comun sentir que nuestro planeta, antes de ser habitable era, como hoy el sol, una inmensa esfera de fuego, cuya superficie se fué poco á poco enfriando y endureciendo hasta formar esta enorme corteza de tierra y agua de que hoy se encuentra revestida; manteniendo todavía vivo y candente su centro, origen de ese fuego que brota con frecuencia en forma de volcanes, y que son en muchos

países el terror de los habitantes y el asombro de los viajeros.

El aumento de temperatura que se advierte en las grandes escavaciones, á medida que se profundiza en el seno de la tierra, el agua hirviendo que brota de los pozos artesianos, cuyos manantiales traen su origen de profundidades inmensas son, con otras muchas, prueba evidente de la existencia de ese fuego central, bastante intenso para fundir piedras y metales, como se observa en las irrupciones volcánicas.

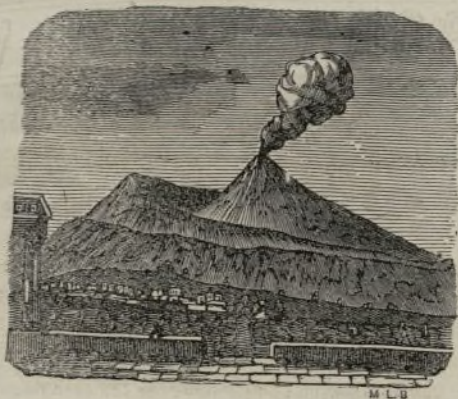
Este fuego, indispensable acaso para la existencia de nuestro globo, es por esto mismo

un elemento de la naturaleza, por mas que no sepamos todavía el papel que desempeña en el sostenimiento de la tierra.

El fuego ha sido en todos tiempos una de las cosas que mas han llamado la atención de los hombres. Pueblos enteros le han dedicado culto divino. Los gentiles le atribuyeron la propiedad de

purificar las almas, y en ciertas fiestas populares aun conservamos nosotros la costumbre de encender hogueras á las puertas de los templos ó en las plazas públicas.

JUAN CUESTA.



Un volcan.

MADRID EN 1862.

CARTAS Á UNA NIÑA.

VII.

Ya sabes, Jenny lo que es el Retiro; pero al describirte no te he hablado del Observatorio astronómico, bonito edificio que limita el Real Sitio por la parte del cerrillo llamado de San Blas, y que antes

estaba comprendido dentro de aquella estensa posesion, habiendo sido separado hace poco tiempo por una cerca.

En tiempo del rey D. Carlos III, y bajo la direccion del arquitecto D. Juan Villanueva, se construyó este Observatorio; que es de planta rectangular, con dos alas mas pequeñas: el cuerpo central termina en un templete circular, formado por diez y seis columnas de orden dórico, que sostienen una pequeña cúpula, y la entrada es un vestíbulo con diez columnas y cuatro pilastras de orden corintio. Despues se pasa á un átrio y á un gran salon central, que sirve para hacer las observaciones, y de este á otros dos laterales.—Hace poco tiempo que se han construido inmediatos á este edificio, otros dos para habitaciones y dependencias del director y demas empleados, que nos recibieron de la manera mas amable del mundo cuando fuimos á visitar el Observatorio.

Desde este punto se disfruta de una hermosa vista, dominando al pié el paseo de Atocha, mas allá la estacion de los ferro-carri-les de Madrid á Zaragoza y Alicante, y á lo lejos el paseo de las Delicias, que en dos divisiones, de á tres calles de árboles cada una, se estiende desde el sitio en que estuvo la puerta de Atocha hasta el ya cegado canal de Manzanares.

Voy á hablarte ahora de otro paseo, que tambien es muy hermoso y despejado: el de la Fuente Castellana.

Desde que se derribó la puerta de Recoletos, puede decirse que este paseo empieza en el de este nombre, que se estiende desde la fuente de Cibeles hasta el ángulo de la antigua cerca con el jardin de las Salesas, cuya tapia está hoy derribada para ensanchar y embellecer aquel sitio. En este paseo de Recoletos se han construido de algunos años á esta parte hermosas casas y magníficos palacios, entre ellos los de los capitalistas Salamanca, Calderon y otros.

A la terminacion de este paseo está el colegio de Veterinaria, y mas allá la nueva casa de Moneda, recién concluida, y desde aquí se encuentran las hermosas calles de árboles que forman el paseo de la Fuente Castellana.

Como á la mitad de él se encuentra una fuente compuesta de una columna que sostiene una taza, y sobre ella un cisne de mármol blanco, á quien una

culebra sujeta por el cuello, obligándole á arrojar el agua por la boca.

El paseo termina en unos hermosos jardines y una gran plaza de árboles, donde está la Fuente Castellana. Esta se compone de un gran pilon, en cuyo centro se levanta un pedestal bastante elevado, con dos trofeos de armas, que por un lado son las de España y por otro las de Madrid. Sobre este pedestal hay otro cuerpo cuadrado, que sostiene un elevado obelisco de piedra, terminado en una gran estrella de bronce.

Este paseo es tambien muy frecuentado por la sociedad elegante de Madrid, especialmente en carruaje y á caballo, en los hermosos dias de invierno, y á pié en las apacibles mañanas de primavera.

Desde aquí se va, por diferentes calles de árboles, al barrio de Chamberí, que ahora quedará dentro de

la poblacion, segun el plano de ensanche aprobado, y á las puertas de Santa Bárbara y Bilbao. A contar desde estas siguen otros paseos, ó calles de árboles, hasta la cuesta que llaman de Harineros, por la cual se va hasta la Florida, otro paseo, que se estiende por la orilla del Manzanares desde una ermita que se llama de San Antonio hasta la puerta de San Vicente.

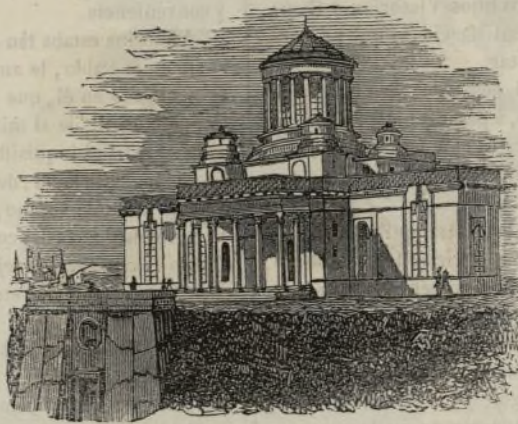
En la Florida hay otra posesion Real, denominada la Moncloa,

y que perteneció á los duques de Alba: se compone de una casa de recreo y bonitos jardines.

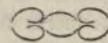
Desde la misma Moncloa empieza la dilatada posesion llamada Montaña del Príncipe Pío, y que pertenece al infante D. Francisco, padre del Rey consorte. En la parte mas elevada de esta montaña se ha edificado un gran cuartel, que aun en este momento no está enteramente concluido, y en la parte mas baja se halla la estacion del ferro-carril del Norte, cuyo movimiento anima todo aquel sitio.

Estos son, con los del Campo del Moro y otros que aunque incidentalmente te habia ya citado, los principales paseos de Madrid. Al recorrerlos ha sentido únicamente no tenerte á su lado tu

SARA.



Observatorio astronómico.



QUIEN ESCUCHA, SU MAL OYE.

Victorina era una jovencilla de catorce años, dulce, modesta y buena, pero oscurecía tan bellas cualidades un gravísimo defecto. Fuese escésiva timidez, fuese escésivo amor propio, era desconfiada hasta lo sumo, y siempre se la hallaba escuchando detrás de las puertas, siempre dirigía en torno suyo miradas recelosas, ó prestaba una ávida atención á la mas insignificante seña, á la mas indiferente palabra, si era pronunciada en voz baja y con aire de misterio.

Era hija de un labrador de San Celoni, risueña villa de Cataluña, el cual aunque solo había heredado de sus padres un campo y una viña, como era muy activo, inteligente, y honrado, y había tenido la suerte de casarse con una mujer tan activa y tan laboriosa como él, había sabido crearse una regular fortuna, que le permitía dar á sus dos hijos Victorina y Claudio, todas aquellas gratas satisfacciones que proporciona un desahogado bienestar.

Pero á pesar de esto, á pesar de ser el ídolo de sus padres y de su hermano, á pesar de la preferencia que la otorgaban casi siempre sus jóvenes amigas, por su instrucción y sus amables prendas, Victorina estaba muy lejos de ser feliz.

Pasaba todo el día turbada é intranquila, espionando siempre la palabra que debía herirla; toda la noche llena de sobresalto, levantándose á menudo para ir á escuchar á la puerta de su cuarto.

Si estrenaba un traje, y las sencillas gentes del pueblo la miraban, creía que era para motejarla, si estaba en el baile los domingos, y los jóvenes se sonreían, creía que era para burlarse de su torpeza, y como la primera víctima de una culpa, sea la que quiera, es el culpable mismo, no gozaba ni un instante de sosiego.

Hasta en su hermoso rostro, mostraba la huella del secreto tormento de su alma, porque no tenía la expresión cándida y risueña de las otras niñas de su edad.

A veces, triste y desalentada por lo que había creído oír, se alejaba de sus amigas, é iba á pasear sola por las deliciosas alamedas que rodean el pueblo, y entonces vertía á escondidas un torrente de amargas lágrimas. Otras, cuando no podía desahogarse así; permanecía días y días, mística y cabizbaja, sin querer pronunciar ni una palabra.

Por mas que su buena madre la hubiese demostrado mil veces toda la fealdad y hasta la insensatez de este vicio, por mas que le hubiese ocasionado mil disgustos con sus amigas, Victorina que era buena, y hacía buenos propósitos de enmendarse, no tenía sin embargo bastante fuerza de voluntad para saber corregirse, ó tal vez no se lo pedía de todo corazón á la Virgen salvadora.

—Obra bien, la decía su madre, y no temas el juicio de los demás.

—Es pecar contra la caridad, la decía el buen cura del pueblo, pensar siempre mal de nuestro prójimo; y dá indicios de un alma ruin, quien solo ve ruindad y mala fé en torno suyo.

A pesar de estos excelentes consejos, Victorina fué creciendo, y como no había sabido combatirlo desde el principio, con ella fué creciendo su feo vicio.

Sin embargo, á la sazón parecía que su demonio familiar la hubiese abandonado.

Pablo, el mas bello y el mas rico de sus jóvenes compañeros de infancia, la había dado la preferencia entre todas, escogiéndola por esposa.

El matrimonio estaba acordado entre ambas familias, y solo aguardaban á que los contrayentes tuviesen alguna mas edad, de modo que, lo que sucede rara vez en el mundo, era al mismo tiempo de amor y conveniencia.

Victorina estaba tan orgullosa y tan satisfecha con el amor de Pablo, le amaba tanto, estaba tan absorta pensando en él, que por algun tiempo se olvidó completamente de sí misma, y como había abandonado su actitud inquisitorial y recelosa, parecía á todos doblemente bella, doblemente amable.

Una tarde de verano, era al anochecer, acababa de cerrar la puerta del corral, abierta para franquear el paso á las alegres ovejas que volvían del pasto, cuando vió aparecer entre el follaje á dos señoras forasteras.

Fatigadas sin duda del paseo, sentáronse ambas debajo de una encina, y allí prosiguieron con calor una conversacion ya comenzada.

Hablaban tan bajo, que aunque la encina estaba cerca, la joven no podía percibir ni aun el murmullo de sus voces.

Despertóse vivamente con esto su curiosidad, y pareciéndole que las dos señoras señalaban su casa con aire de misterio, ya no dudó que se trataba de ella.

Sin embargo, luchó con valor algunos instantes contra su malhadado instinto, pero sucumbiendo al fin á la tentación, se dirigió de puntillas hácia ellas, y ocultándose á veces entre el follaje, arrastrándose otras y reteniendo luego el aliento, pudo llegar por fin hasta la encina, en donde permaneció acurrucada entre la espesa hojarasca.

—No hables tan alto, dijo la mas anciana de las dos señoras, aseguran que las paredes oyen, cuánto mas fácil es que oigan las penas y los matorrales.

—Ha sido el aire, respondió su compañera echando una mirada á la desierta llanura.

Victorina temblaba como la gota de rocío oculta en el cáliz de las flores. ¡Qué vergüenza para ella, si hubiese sido descubierta!

Pero por fortuna las dos señoras, completamente

tranquilizadas con su exámen, prosiguieron su interrumpida conversacion.

Te digo, Isabel, que es una historia horrible: esa niña tan bella y que parece deber ser tan dichosa, está amenazada á la vez de todas las desventuras. Créeme, lo sé muy bien, y por desgracia no tardará la justicia en saberlo tan bien como yo.

Al ver el despilfarro de su casa, todos murmuran en el pueblo, y sin embargo ignoran aun cuál es la vergonzosa fuente de donde dimanen sus riquezas.

Ya ves, antes solo poseia un campo y una pequeña viña, ahora todo ese inmenso terreno que está al lado del rio es suyo, y además tiene dos yuntas y un numeroso rebaño. También le pertenecen esas ovejuetas que acaban de pasar, y de cuya leche has querido beber, ordeñándola tú misma. Si te digo que es muy rico!...

—Pero con tanto hablar, aun no me has revelado lo principal, cómo ha adquirido esos bienes.

—Es que me da miedo y horror solo el decirlo. Ese hombre es peor que un bandolero; porque éste se lanza al camino real y comete sus delitos arriesgando su existencia.

No ves cómo se repiten los robos en esta pacífica comarca? Robos á veces hasta sacrílegos, porque han despojado algunas iglesias, y otros teñidos de sangre, porque ha sido preciso verterla para que sus autores no fueran descubiertos!.. Pues bien, existe una compañía de malhechores, formada por personas de este mismo pueblo que tenemos por honradas, y él es su capitán....

—Pero lo sabe su mujer?...

—Y su hijo mayor también. Los dos están en el secreto. ¿No te ha chocado ese casamiento tan prontamente decidido? Es que el futuro esposo es uno de los cómplices, y los desdichados se hallan á su merced. Cuando se entra una vez en la carrera del

crimen, es preciso recorrerla hasta el fin... De manera que esa pobre niña es el lazo que debe unir entre sí á los infames asociados, y asegurar mutuamente su silencio. Hija de padres criminales, esposa de un hombre mas criminal aun, porque segun se susurra, él es el mas osado y endurecido, cuál es el triste porvenir que la espera!... Porque Dios permite el mal, pero al fin se cansa.... Ahora el dinero hace enmudecer á la justicia, pero dia vendrá en que los hombres de bien se levanten en masa y les griten: ladrones, asesinos!...

Su amiga se sonrió tristemente.

—Por fortuna, dijo, todo esto no llegará á suceder. La pobre niña está enferma del pecho. ¿No has reparado en la rosea encarnada de sus mejillas? El médico lo ha dicho: está tísica, y poco tendrá que sufrir en este mundo, porque ese mal no perdona....

—Tanto mejor, exclamó su compañera, tanto mejor, porque ese hombre no la ama; solo se casa con ella para convertir á sus cómplices en esclavos, y quién sabe el mal trato que la dará!... Quizás si se



Espionaje.

ve descubierto, la arrastrará consigo á los bosques, y ella tan delicada tendrá por habitación una cueva, y por lecho una dura piedra.

Pero vamos, la noche se acerca, tengo frio.

Ambas se alejaron.

Victorina no las vió partir, porque estaba desmayada.

Llegó la hora de la cena, y su madre, que la aguardaba con inquietud hacia mucho tiempo, prorumpió en gritos de espanto al ver defraudada su última esperanza.

Asustados á su vez su padre, su hermano, Pablo y los criados, corrieron en distintas direcciones para buscarla, y por fin quiso el cielo que la hallasen todavía sin sentido debajo del árbol.

Cuando Victorina volvió en sí, cuando se vió ro-

deada de todos aquellos seres, tan queridos y venerados algunos momentos antes, se levantó galvanizada por el terror, y corrió á refugiarse en el otro extremo del aposento, pero al llegar allí la faltaron las fuerzas, y cayó en los brazos de Pablo, que se había abalanzado á sostenerla.

—Dios mío! qué te ha sucedido? exclamó su madre fuera de sí.

—Victorina, Victorina, decía Pablo estrechándola contra su corazón, ¿qué es esto, amada mía?

Pero los brazos de Pablo parecían á la desdichada niña los helados brazos de la muerte, y se revolvía desesperadamente, sin poder sustraerse á su presión.

—Dormir! quiero dormir! murmuró con voz rênca.

Llevarónla á la cama, pero ni aun allí pudo verse libre de aquellos cuya presencia la horrorizaba.

Su madre se instaló á su cabecera, su hermano y Pablo permanecieron en el fondo del aposento y velaron toda la noche.

Victorina sentía oprimido su corazón con una losa de mármol: hubiera querido ser ciega para no ver aquellas figuras de bandidos que rodeaban su lecho: hubiera querido ser sorda para no oír el murmullo de sus voces.

Cada vez que alguno de ellos se acercaba á darla algun calmante, creía ver la sangre que chorreaba de sus manos.

Oh! qué noche tan espantosa fué aquella para la pobre niña! (*Se concluirá.*)

ANGELA GRASSI.

MARTA LA ORGULLOSA.

[Tradición escandinava.]

No sé si lo que voy á referir lo he leído en alguna parte ó lo he oído contar á alguien: lo que puedo asegurar es que desde niño conozco la tradición de Marta la orgullosa, y que siempre ha impresionado vivamente mis sentidos. No me prometo narrarla con todos sus pormenores y circunstancias, tal como lo haría una vieja del país, porque no me ayuda tanto la memoria; pero si en la forma varía algun tanto, no vacilo en afirmar que en el fondo es la misma leyenda, que seguramente oiríais contar si fuérais á Suecia ó Noruega. En todo el Norte y principalmente en el país que baña el golfo de Finlandia, es muy comun esta tradición, y no hay niño que no la sepa, ni abuela que no se la cuente á sus nietos en las largas noches de invierno, cuando el frío de aquellas regiones obliga á la familia á agruparse en torno del hogar, y bien seguro es que muchos niños se quedan descoloridos y se cogen con cierto pavor á las faldas maternas pensando en el trágico fin de la protagonista.

Marta era hija de unos labradores tan honrados como pobres, y desde su mas tierna edad dió muestras de una extraordinaria hermosura. Eso la perdió!

Sus padres, que no tenían mas hijos que Marta y un hermanito menor, tan negrusco y feo como aquella era blanca y hermosa, pusieron todo su cariño en ella; y la mimaron tanto, que á los ocho años era la verdadera dueña de la casa, y todos se miraban en sus ojos, como suele decirse. Los padres, con un ciego cariño mal entendido, no permitían que pusiera mano á nada, y se privaban hasta de lo mas preciso para comprarla diges y adornos. La niña creció escuchando un día y otro:

—Qué hermosa es Marta!

Y esto la enorgullecía tanto, que se creía que el mundo todo se había hecho para ella.

Además de su orgullo, Marta daba pruebas de tener mal corazón. Muchas veces veía á su tierno hermanito fatigado bajo el peso de alguna carga de leña, desproporcionada para sus fuerzas, y nunca se la vió dar señales de compasión, ni jamás le dijo:

—Dáme, y la llevarémos entre los dos.

Los padres no veían nada de esto, y continuaban prodigándola mimos, y comprándola diges.

A medida que iba creciendo se conocía que la disgustaba la humilde cabaña de sus padres; y en las miradas que lanzaba á las que iban mas compuestas que ella, se leía la envidia que roía aquel tierno corazón.

Los padres comprendieron esto, y determinaron enviarla á la ciudad cercana, en donde conocían una familia acomodada, que siempre les había protegido, y que se ofreció á tener á Marta mas bien como amiga que como criada de una hija que tenían de la misma edad.

Marta fué ataviada con su mejor traje y conducida á la ciudad por su padre, que la dejó medio lloriqueando, porque el pobre viejo quería mucho á su hija, y estaba tan orgulloso como ella de su hermosura.

Al principio todo fué bien: Marta figuró en teatros y paseos al lado de la rica niña en cuya casa estaba, y se dejó embriagar por aquella atmósfera de lujo y magnificencia.

Donde quiera que iba con su amiga oía decir:

—Qué lindas niñas!

—Sobre todo la rubia!

La rubia era Marta, que no necesitaba oír tanto para henchirse de orgullo.

Al mes había olvidado á sus padres. Sucedió que un día, hallándose con otras niñas en una fiesta que se daba en el jardín de la casa donde moraba, le dijo un criado:

—Ahí está vuestro padre.

Y efectivamente, el buen viejo se dirigía con los brazos abiertos y los ojos húmedos de lágrimas á abrazar á su hija.

Marta se puso como una amapola, porque su padre venía vestido pobremente, y quiso esconderse entre sus compañeras.

El padre buscó entre todas á su hija, y la abrazó sin reparar en que la niña procuraba evitar que el anciano le ajase los lazos del vestido.

Otra vez fué con la familia de sus bienhechores al pueblo donde había nacido, y en el día que allí permaneció, apenas habló á su madre ni saludó á ninguna de sus antiguas amigas.

Hacia como cosa de un año que estaría en la ciudad, cuando una noche en que se hallaban al hogar los padres de Marta, sonó un recio golpe á la puerta de la cabaña.

Abrieron... y era Marta con un criado!

Éste tomó la palabra y dijo:

—Mi amo me encarga que les traiga á Vds. esta niña, porque ha reñido con la señorita y no puede permanecer mas en casa. Mi amo aconseja á Vds. que la crien mejor, porque tiene muy malos sentimientos; y si no lo hacen así, dice que les va á dar mucho que sentir.

Y diciendo esto se marchó, dejando á los viejos como petrificados.

Sin embargo era tal la ceguedad de su cariño, que exclamó la madre:

—Malos sentimientos! ¡Qué es mas hermosa que su hija y la tienen envidia!

—Tienes razon, añadió el padre.

Y se pusieron á abrazar á Marta, que no decía palabra.

Inútil es decir que aquella noche no durmió la niña.

Por la mañana muy temprano se fué el padre á trabajar con el pequeñuelo, que llevaba al hombro un azadon mas pesado que él, y á eso de las diez de la mañana dijo la madre á Marta:

—Mira, hija, me siento mala.... toma este pan y estas cebollas y llévaselas á tu padre.

Y le alargaba un pan negro y duro y unas cebollas medio secas.

La niña se puso descolorida... ¡Llevar ella al campo aquel pan tan negro y con un sol tan ardiente!

—Qué! te negarias?... dijo la madre.

—No señora, es que...

—Pues toma.

Marta cogió el pan medio llorando de rabia, y al salir de la cabaña iba tan ciega que lo dejó caer al suelo y fué rodando gran trecho.

Su madre lo recogió diciendo:

—Lleva cuidado, hija, que el pan es bendito!

Y al dárselo lo besó.

Al llegar Marta á la plaza vió á sus antiguas compañeras que la miraban sonriendo y se hablaban en voz baja.

Al verse con aquel pan negrusco en la mano, siendo quizás objeto de las burlas de las mismas á quien habia despreciado en otro tiempo, se dejó llevar de un arranque de ira, y arrojando el pan al suelo se puso á pisotearlo exclamando:

—¡Maldito sea!

En aquel momento se abrió la tierra bajo sus piés y desaparecieron Marta y el pan.

Todo era tinieblas. Marta bajaba y bajaba, siempre con el pan pegado á los piés, sintiéndose precipitada en un vacío inmenso. Al fin pasó junto á una puerta de siniestro aspecto, atado á la cual habia un enorme perro de dos cabezas. Desde fuera se oían gritos espantosos.

Abrióse la puerta y apareció la suegra del demonio, vieja endiablada y horrible si las hay, como el parentesco deja fácilmente presumir.

La vieja, cuya voz era parecida al sonido estridente de una carraca, asió con su descarnada mano á la atemorizada Marta, y la hizo entrar diciendo:

—¡Ven acá, buena alhaja! Al fin has caído en mis manos.

Y se llevó á la niña por unas cuevas horrorosas, hasta que llegó á la mas hedionda, y allí la dijo:

—Aquí quedarás para siempre, sufriendo el martirio que te preparo.

La vieja dió un soplo, y Marta quedó como petrificada: parecia que la habian cargado de pesadas cadenas. Bajo sus piés yacia aun el pan pisoteado por ella, que despedía un gemido lúgubre, como si repitiera...

—¡Maldito seas!

Frente al rostro de la niña habia una charca sucia y llena de asquerosos insectos, á pesar de lo cual era trasparente y se reflejaban en ella los objetos como en un espejo. Marta se miró, y quiso lanzar un grito de dolor... pero no tenia voz!

Habia sido convertida en una estatua.

Lo que veía Marta no era un rostro humano, era un conjunto horroroso de cuanto mas feo puede imaginarse. Sus sedosos cabellos se habian convertido en ásperas crines; su nariz era horrible, su boca espantosa... era un monstruo.

—Estabas orgullosa con tu hermosura, chilló la vieja, pues serás fea! ¡Já! ¡já! ¡já!

A aquella risa que hubiera helado la sangre de un ser humano, acudieron mil fantasmas horribles, todos alados, que revolotearon alrededor de Marta, diciendo:

—¡Fea!

—¡Horrorosa!

—Así estarás por los siglos de los siglos, dijo la bruja, á menos que una niña de tu edad se acuerde de tí y te salve con sus oraciones.

Y la vieja y su comparsa de fantasmas desaparecieron.

Así pasaron muchos años. Los padres de Marta habian muerto, y los hijos de aquellos, en cuya época habia tenido lugar la desaparicion de la niña, señalaban, haciendo la señal de la cruz, el sitio de la catástrofe, que en un principio hicieron regar con agua bendita.

Aun pasaron mas años.

Sucedió que en un pueblecito de la costa finlandesa vivía una viuda, casi una santa, que tenia una hija de ocho años llamada Federica, nombre muy comun en todo el Norte.

La madre la hacia rezar todas las noches, y en una de ellas, despues de los rezos acostumbrados, le contó la historia de la infeliz Marta.

—¿Y qué seria de ella? preguntó la niña.

—Hija, estará condenada.

Desde aquella noche empezó á rezar Federica por la desgraciada Marta.

Y pasaban dias, y Federica no cesaba de rezar por aquella niña, perdida por su orgullo.

Una enfermedad epidémica diezmaraba por aquella época las costas del Báltico.

Una tarde en que estaban Federica y su madre haciendo labor, se sintió esta algo enferma. Dirigióse al lecho, y la niña asustada llamó á los vecinos, que se hicieron los sordos, porque la enfermedad era contagiosa.

Solo una viejecita acudió al llamamiento.

A las dos horas Federica procuraba reanimar con sus besos el cadáver de su madre.

—Vente conmigo, niña, la dijo la vieja: la enfermedad es contagiosa y puedes morir tú tambien.

La niña se sonrió y se abrazó con mas fuerza á su madre.

A poco rato le atacó tambien la enfermedad, y siguió sonriendo á pesar de sus dolores.

—¡Dios mio! murmuraba, mi madre estará á tu lado, me lo dice el corazon... á mí tambien me acorjarás muy pronto, porque no querrás separarme de ella... voy á morirme.... Concédeme una gracia... Salva á la pobre Marta! Sálvala, Dios mio!

Federica espiró sonriendo.

En aquel momento sintió Marta que desaparecia el peso que la tenia oprimida. La cueva saltó en pedazos, dando un horrible estallido, y sintiéndose la

niña convertida en espíritu impalpable, se lanzó á los aires.

Las almas de Federica y Marta se encontraron en el espacio, y juntas entraron en la mansión de eterna ventura.

IGNACIO VIRTO.

LABORES.

Un solo modelo de ellas damos hoy; pero su género es tan distinto de los ya conocidos, y tanta su utilidad y la sencillez de su ejecución, que vale por dos modelos juntos.

Es el que nos ocupa un almohadon bordado en cañamazo con un punto enteramente nuevo, combinado con cuentas gruesas de cristal blanco ópalo: para su ejecución solo se necesitan dos estambres, negro y punzó, un cuadro de cañamazo y una madeja de torzal blanco.

Se principia por fijar en el cañamazo, segun muestra el dibujo, y valiéndose para ello del torzal, las cuentas que forman las estrellas. Cuando el sembrado de ellas esté concluido, se rellena su centro con estambre negro y el punto nuevo que vá aislado á la cabeza del grabado, para que se comprenda mejor. Con solo fijarse en él comprenderán nuestras lectoras que este punto consiste en hacer un punto de *tapiceria* ó *lomillo* comun que abraza dos carreras del cañamazo, y sobre él hacer otro punto cruzado en sentido perpendicular y horizontal: un solo punto debe bastar para el centro de cada estrella.

Hecho esto, se cubre el fondo con estambre grana á un punto como de *zurcido*, en esta forma: se toma una carrera diagonal del cañamazo y se deja un cuadro encima y otro debajo de la aguja, se hace otra igual al lado, contrariando los puntos como en el *zurcido*, y despues de relleno el fondo en este sentido, se cruzan carreras en el contrario, pasando la aguja sobre los cuadros sin cubrir y bajo los cubiertos, resultando ese trenzado de tan buen gusto.

La cenefa del almohadon la forman dos tiras de felpa, hecha con estambre negro, separadas por una trenza de estambre grana. Para esto ya saben nuestras lectoras que no hay mas que hacer sobre cuatro hilos en línea recta un punto mas bajo y otro mas alto, en diagonal, y la felpa se ejecuta cubriendo esta trenza despues de hecha con un papel, y haciendo encima otra trenza con negro que abraza dos hilos mas, que se habrán dejado á cada lado: despues se cortan los puntos por la mitad, se saca el papel y se separan las dos hileras, entre las que aparece la trenza grana. Si quiere darse mayor solidez á la felpa puede engomarse por el revés con goma arábica disuelta en un poco de agua.

Falta solo armar el almohadon, y al hacerlo ya se comprende que los ángulos que en el grabado se ven

sin bordar deben quedar dentro de la costura, dejándolos en el modelo á la vista para mayor claridad. Cuatro ricas borlas de estambre y cuentas deben completar el almohadon.

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.

Explicacion del pliego de Dibujos.

- NUM. 1. *Cuello* bordado con *trencilla* y á la *inglesa* sobre nansouk.
- NUM. 2. *Puño* correspondiente.
- NUM. 3. *Canesú* de camisa para señora, bordado á *feston* y *pasado*.
- NUM. 4. *Manga* correspondiente.
- NUM. 5. *Escudo* rico bordado á *plumetis*.
- NUM. 6. *Cenefa* al *pasado*, para colocarla sobre el jareton de una enagua.
- NUM. 7. *Cenefa* de hojas á *feston*, para juegos de cama.
- NUM. 8. *Feston* torcido, para bordarle sobre un jareton que se recortará por dentro de las ondas.
- NUM. 9. *Otro idem* para el mismo objeto: ambos servirán para enaguas, camisas, delantales de niña, etc.
- NUM. 10. *Escudo* bordado á *plumetis*.

ADVERTENCIA.

Convertida hoy la AURORA DE LA VIDA en un periódico de Señoritas, pues casi todos los suscritores lo son á la edicion con dibujos, y habiéndose nos manifestado por muchos de ellos el deseo de recibir todos los grabados y dibujos de Labores que reparte el CORREO DE LA MODA, nos ha parecido lo mas conveniente reunir ambas publicaciones.

La AURORA DE LA VIDA quedará, pues, refundida desde 1.º de Abril en el CORREO DE LA MODA en su seccion de *Labores*, que es la que corresponde; y para que los números sucesivos puedan encuadernarse, formando coleccion con los anteriores de la AURORA, llevarán la paginacion correlativa, y serán en un todo iguales á aquellos, así en papel como en dimensiones, etc.

Los suscritores que deseen recibir el CORREO DE LA MODA con figurin satisfarán el exceso de precio, segun las condiciones que se espresan en las cubiertas.

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID: 1862.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42.